

LAS ESCALERAS

Victoria Luna



Image not found.

Capítulo 1

LAS ESCALERAS

Aquellas rústicas escaleras, de una piedra más antigua que el mismo mundo, de estructura retorcida y tan estrechas que ni una pareja de enamorados cogidos de la mano podría haberlas subido, fueron testigos de tantas vidas, de tantas historias comunes, de tantas luchas y consensos, de tantos odios y amores!

Si pudieran hablar, contarían las crónicas de las alpargatas que las pisaron y anduvieron sobre ellas, de los pies descalzos que las subieron, de las lluvias que las mojaron sin clemencia alguna, de los vientos que las erosionaron con dureza extrema, de las palabras que escucharon y no contaron, de los chismes y confesiones que callaron por no malmeter...

Y también, si pudieran recordar, vendrían a ellas las imágenes de las rudas y desgastadas manos que las construyeron, del sudor que gota a gota fue cayendo sobre ellas, de las penurias y sufrimientos de los hombres que se dejaron la vida y la piel allí...

Fue en el verano de 1947 cuando Don Jacinto utilizó por primera vez aquellas escaleras para llegar a la iglesia del pueblo. Iba de punta en blanco con su disfraz de cura, y ufano, cual chico que recibe un gran regalo, subió uno a uno los peldaños que le conducirían al lugar donde reclutaba a su rebaño, remangándose cual dama sus negras sayas.

A su alrededor, un coro de pueblerinos le miraban sin entender nada. Era el espectáculo del día, pero en el fondo no sentían simpatía alguna hacia el hecho de que aquel hombre, por muy católico que fuese, que, sin haber doblegado sus espaldas como ellos, ni haber arañado sus manos como ellos, pisara su trabajo con tal cara de orgullo y vanidad.

Don Tomás, el alcalde tejadino, hacía las veces de anfitrión de una fiesta que no era celebración para nadie, salvo para ellos dos. Cortó una especie de cinta descolorida que habían colocado al pie para el acto. Con una reverencia hacia Don Jacinto, le dejó pasar para que subiera por el nuevo camino. ¡Cuántos años había tenido que subir al bendito templo por el empedrado y polvoriento camino de tierra! Exactamente los mismos que los feligreses que acudían a oír sus sermones desgastados por el paso del tiempo, ni

uno más ni uno menos.

En el fondo de su ser, Don Jacinto no era mal hombre, solo que tuvo la suerte o la desgracia, según como cada cual desee considerarlo, de acceder a unos estudios a los que casi nadie podía optar. Por lo demás, su comportamiento hacia las ovejas que le seguían se podía considerar aceptable.

Cuando ya casi estaba al final del recorrido se tropezó y su cara fue a parar de bruces contra el último escalón, al igual que Jesús cayera al llevar la pesada cruz hacia el monte Calvario. La nariz comenzó un sangrado desmesurado. Con celeridad, el tercer Don del pueblo, que miraba con pavor la escena, subió hasta donde se encontraba Don Jacinto, y con sus mañas de curandero curtido logró parar la pérdida sanguínea, que comenzaba a convertirse ya en un riachuelo escaleras abajo.

La multitud reía, unos para sus adentros, y otros muchos, sin tanta vergüenza, en un tono perfectamente audible. Los que habían construido las escaleras se miraban entre sí como diciendo: "¡iqué torpeza la de este hombre!". Y es que, en todo el tiempo que había durado la construcción de las escaleras, a ninguno le ocurrió semejante percance.

En el mismo instante del golpe, el monaguillo hizo sonar la deslucida campana de la iglesia, sin tener el más mínimo conocimiento del accidente, aunque el sonido tembloroso marcó la caída como ningún otro tañido hubiera podido hacerlo.

Ángel y Julia también se agolpaban entre el público del acto, que parecía más un circo que una inauguración. Él llevaba toda su vida construyendo escaleras. Y una de ellas fue un día, hace tiempo ya, testigo de la entrega de la carta, un papel en el que Ángel se declaraba a Julia como nunca nadie lo había hecho antes en ningún rincón de la Tierra: "Tú eres la única para mí, Julia", rezaba una de las frases, escritas con humildes letras, como mejor pudo. A Julia le dio un vuelco el corazón cuando leyó las líneas; nunca su memoria olvidó aquello y siempre que se le presentaba la ocasión lo contaba a sus nietos, decenas y decenas de veces lo hizo... Se notaba lo orgullosa que se sentía del romance que duró toda la vida, hasta que la muerte de Ángel los separó. Ella le había dado siete hijos, a cual más duro. No le importó que su familia no estuviera de acuerdo, que la de él quisiera que se casara con otra... Luchó hasta el final a pesar de todas las oposiciones y rechazos...

También las escaleras vieron su primer beso, recatado y decente, pero no por ello menos apasionado. Jamás estos dichosos testigos

lo contaron a nadie, y mucho menos a la carabina que la seguía como una sombra desde que descubrieran el amor que se profesaban.

Pasó el tiempo, y él, cansado ya de toda una vida de trabajo, de una guerra mísera que lo debilitó para siempre, de todo..., aguantó hasta que sus fuerzas se lo permitieron. Ella todavía vive. Con sus 92 años se agarra al mundo de los mortales como a un clavo ardiendo, y no acierta a ver el momento de irse..., de reunirse con él...

(Dedicado a Julia y Ángel).

(c) 12.11.15 María del Mar Angulo Garetá.

All rights reserved.